

Día: el gallo de la familia Figueroa lanza su cacareo alto y profundo. Agustín, después de un brinco olímpico al salir de la cama, va a su ventana y observa:

— ¡Allá está, al borde del tejado, papá, mamá, ha vuelto, Petronio ha regresado! — Y allí estaba, suspendido como un equilibrista, parado sobre su única pata (porque además de viejo era cojo, el pobre gallo), con su plumaje rojo como el fuego y negro el cuello, como una corbata «¡una corbata! un cuello largo como los grandes, un señor» y por eso Agustín lo llamaba “el amo de los tejados”.

— ¡Mamá, papá! — seguía llamando Agustín.

Los padres subieron la escalera a su cuarto, y desde la puerta lo vieron recostado sobre la ventana con el rostro lleno de felicidad.

— Ven que está sano — dijo el niño, y sus padres en silencio se miraron el uno al otro. Por fin la madre respondió sonriendo:

— Es cierto, es cierto hijo, ¡qué felicidad! — y bajaron otra vez a la cocina.

— No durará mucho — le dijo el padre a la madre — está sufriendo, su vitalidad le dará para unos días y vuelta al sufrimiento, lo sacrificaré cuanto antes - y es que el padre sabía de dolor de gallos. Petronio había sido de joven su mejor peleador, le había hecho ganar mucho dinero, por eso el padre decidió mantenerlo como agradecimiento, le tenía cariño, pero recientemente le molestaba verlo así: viejo, enfermo y sin una pata.